

PROLOGO

Esta obra germinó por un imperativo institucional del Programa de Doctorado en Ciencias Políticas y Sociales, con Orientación en Ciencias de la Comunicación, en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, pero en realidad empezó a gestarse, en cuanto idea, durante los albores de la década de los años noventa del Siglo XX, por los imperativos del hábitat y del contexto social sinaloense. La fuerza del fenómeno del “narcotráfico” termina por incidir sobre los ámbitos profesionales, en la vida cotidiana y hasta en las percepciones subjetivas de quienes en un momento dado deciden refugiarse en una torre de marfil o en los espacios vacíos, por ejemplo, de las esferas de la creación. De manera que esta investigación teórica y empírica: **La “narcocultura” en Sinaloa: simbología, transgresión y medios de comunicación**, nació en medio de las presiones académicas, de las presiones vitales de tipo individual y de las ansiedades por tratar de entender, comprender y explicar, histórica y socialmente, cómo un hecho se transforma en suceso y finalmente en un fenómeno de primera importancia a nivel mundial.

Entre los años 2000 y 2005 el desarrollo del trabajo, realizado entre las aulas y los cubículos de posgrado de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM y de la Universidad Autónoma de Sinaloa, pero sobre todo entre los sórdidos y transgresivos territorios sinaloenses, fue un vasto y ansioso peregrinar metodológico por la doxa y las reverberaciones discursivas de un mundo de la vida prohibido y perseguido por las normas sociales y por las leyes del sistema hegemónico. A pesar de estar en el centro geográfico y neurálgico de los efectos e impactos de la producción y el tráfico de drogas ilegales, en ningún momento nos colocamos, en las rutas de la investigación, como jueces que dictaminan y sentencian al problema, a sus actores, a sus protagonistas o a sus antagonistas. En realidad nos acercamos a otear y mostrar, en la medida de lo posible, las llagas

socioculturales de un fenómeno de un tiempo que nos ha tocado vivir, aunque en ciertos momentos hasta llegamos a sentir el síndrome de una suerte de delirio de persecución. Lo importante es que, hasta la fecha, nos movimos entre las tesituras reflexivas del ensayo teórico, y respecto de las ansiedades que genera el irascible y delicado mundo de las drogas, todo quedó llanamente en delirio.

En este período de labor académica, un reconocimiento especial es, en primer término, para el doctor Gilberto Giménez Montiel, nuestra autoridad latinoamericana en las esferas de la teoría, la investigación y el análisis de la cultura, quien fungió como mi tutor principal. Maestro de maestros y de investigadores, el doctor Giménez Montiel simplemente amplió nuestros horizontes de expectativas. Por sus densas explicaciones, indicaciones, cuestionamientos y críticas; por sus magistrales exposiciones teóricas en el seminario permanente que coordina en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM; pero sobre todo por las múltiples y diligentes sesiones de diálogo y conversación particulares, y por sus atenciones, su comprensión, su confianza, su afecto y su amistad, mi agradecimiento infinito.

Por su lado, el doctor Luis Astorga Almanza, a quien me une tema y fraternidad, es el especialista sobre los derroteros de las drogas ilícitas más reconocido en el país; merece igualmente mi sentida gratitud; el investigador infatigable y sistemático, oriundo curiosamente de Culiacán, Sinaloa, estuvo siempre cerca de estas rutas y andanzas, puntual y generoso en sus observaciones, atento a los nuevos sucesos, riguroso con la información y el análisis. El reconocimiento va además para la doctora Florence Toussaint, especialista en comunicación, con quien trabajamos para hallarle fundamento y correspondencia teórica a los extensos rumbos de la indagación. Los tres formaron parte de mi Comité Tutorial, definido por fortuna entre las veneras de la teoría de la cultura, los senderos y desfiladeros de la desviación social y las anchas esferas de la comunicación. Y el agradecimiento es

extensivo, por supuesto, por sus opiniones y comentarios, para los doctores Rafael Reséndiz, Ilya Adler y Javier Esteinou.

El trabajo fue realizado gracias al apoyo del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología y al Programa de Mejoramiento del Profesorado (PROMEP) de la Secretaría de Educación Pública, pero sobre todo en virtud de los propios lineamientos del Programa de Doctorado en Ciencias Políticas y Sociales que coordina la doctora Judit Bokser Misses. Sin embargo, el estudio difícilmente hubiese sido posible sin el aval y las facilidades otorgadas por la Universidad Autónoma de Sinaloa. En ésta, algunos de sus grupos académicos, como los del posgrado de la Facultad de Ciencias Sociales, en Mazatlán, y de las escuelas de Historia y de Filosofía, en Culiacán, entre otras, siguen coadyuvando en la observación de los problemas que aquejan a la región. Estas han tenido que ver, aunque de manera indirecta, con las vicisitudes de la investigación. En particular, valoramos las sugerencias del doctor Arturo Lizárraga Hernández, amigo y colega de pesquisas, con quien compartimos experiencias, concepciones, ideas y reflexiones. Y reiteramos nuestra gratitud a las múltiples voces, públicas, abiertas, elípticas y subterráneas, que están presentes explícita e implícitamente en el trabajo, y que forman parte de la sociedad y la cultura sinaloense.

Por la transcripción de la mayor parte de las entrevistas, agradezco la participación de mi hermana Ruby, politóloga universitaria, que con paciencia tradujo de la grabadora el habla peculiar de no pocos personajes sinaloenses. Y mi cariño grande igualmente, por su solidaridad y preocupación, a mi hermana Mary, doctora en Relaciones Internacionales, así como a mis entrañables hermanos Jorge y Carlos, pendientes siempre de que el estudio llegara a una de sus metas, y cuyo primer resultado entregamos a continuación.

INTRODUCCIÓN

A partir de la identificación de diferentes aspectos y síntomas de vertiente social y cultural --que pueden observarse en la vida pública y hasta como constructos simbólicos integrados a la vida cotidiana de diversos grupos poblacionales--, realizamos aquí un acercamiento teórico y empírico en torno a la transgresión vinculada al ámbito de las drogas ilícitas y su simbología en los escenarios particulares del estado de Sinaloa. Tales aspectos y síntomas de la textualidad social se vislumbran en varios planos interrelacionados: precisamente por los signos y símbolos que remiten a distintos niveles de la problemática, por las vías del fenómeno de la violencia y de la desviación social y a través de las acciones de la industria de la cultura y la comunicación.

Con base en la concepción estructural de la cultura (John B. Thompson, 1998), que pone especial atención a la inquisición y el desentrañamiento de las formas simbólicas de los fenómenos culturales, pero siempre en **el contexto de y en relación con**, consideramos que el fenómeno de la “narcocultura” se ha expandido, arraigado y asimilado en el espacio y el tiempo de esta región noroccidental de México. Conviene asentar de principio que tanto el dinamismo económico del tráfico de drogas prohibidas, la constitución de sus redes locales, nacionales e internacionales, así como su percepción sociocultural, forman parte de un proceso histórico estructurado social y políticamente.

Sobre el sustento histórico de las condiciones objetivas, económicas, de la sociedad, las formas objetivadas, así como las internalizadas y subjetivas de la cultura, representan aquí aspectos de estudio fundamentales. Formas objetivadas como los medios y los productos de la comunicación, la música, la literatura, la iconografía popular, la moda, la vestimenta y sus aditamentos, los artefactos y artículos de consumo y estatus; y las formas subjetivadas o interiorizadas como las

creencias, los mitos, las opiniones y los valores, son facetas culturales sustantivas del proceso de percepción y de apreciación. Las significaciones de tales construcciones simbólicas, constituyen parte del marco cultural o del "hábitus" en el que se mueven común y cotidianamente los individuos y que posibilitan y dan pie a las actitudes y las acciones concretas de la población.

En esta idea, la perspectiva primordial para el estudio del tema parte desde un marco genérico de la teoría de la cultura, en relación con la comunicación y acudimos a autores como Thompson y Clifford Geertz; Jesús Martín-Barbero, Horkheimer, Adorno, Marcuse y Habermas; Gilberto Giménez, Manuel Castells y Miguel de Moragas. Y abordamos aspectos esenciales en torno a la transgresión con autores como Hannah Arendt, Anthony Giddens, Michel Foucault, Pierre Bordieu y Gilles Lipovetsky; y latinoamericanos como Ciro Krauthausen, Luis Fernando Sarmiento, Marco Palacios, Rossana Reguillo y Luis Astorga, entre otros.

Cabalgamos, pues, entre los acercamientos a las tareas empíricas y la indagación teórica que nos permita conformar un marco epistemológico pertinente desde estas dos líneas fundamentales: la cultura y la transgresión. Concebimos a este proceso metodológico desde una perspectiva de interpretación social. En suma, el método esencial tiene que ver con los factores contextuales e históricos. Consideramos que esta suerte de esplendor del "narcotráfico" se ha logrado en función de factores sociohistóricos como la permanencia, el auge y el crecimiento de la oferta y la demanda de narcóticos, así como de la ampliación y fortalecimiento de diversos grupos de traficantes, al amparo y en connivencia con autoridades, además del papel activo o protagonista que han tenido variados medios de comunicación en el seguimiento y tratamiento del problema. Se trata de un proceso que dura ya, acaso, más de lo que duró el Siglo XX, pero que tuvo un impulso fundamental en los años cuarenta con la demanda de fármacos generada durante la Segunda Guerra

Mundial, y más tarde con la internacionalización del tráfico de la cocaína sudamericana en las postrimerías de la década de los setenta.

En el lapso de las décadas de funcionamiento y sofisticación de este peculiar negocio, los resultados, en lo que concierne a Sinaloa, son múltiples: pueden localizarse en el enriquecimiento abrupto de individuos y grupos de los sectores rural y urbano; en el crecimiento de corporaciones empresariales; y en las operaciones diversificadas de "lavado" de dinero a través de organismos financieros, comerciales y de servicios en general. Aunque también los efectos se resienten en el plano de la violencia y la delincuencia organizada.

Esta cuestión ha involucrado a una “pléyade” de grupos y personeros de oriundez sinaloense, héroes o antihéroes, según los ángulos específicos de la mirada. El hecho es que han destacado a niveles nacional e internacional como promotores de los estupefacientes. Y el auge también se ha debido a las acciones del Estado, acaso por omisión, así como a una larga lista de autoridades encargadas de combatirlos que han sido, o han terminado por ser, engranes de los estratégicos estamentos delictivos, debido al inmenso poder de sugestión, convocatoria y corrupción de la peculiar industria.

Además, en la esfera de la ideología el auge de esta actividad laboral, y su combate, han dado lugar a formulaciones simbólicas, dicotómicas y contradictorias, que son eco del mundo real de la transgresión. El “narco” se ha aposentado como personaje histriónico principal, y subversivo, en la industria cultural y en los medios de comunicación. Sea como reflejo de las luchas intestinas por el control y el poder de la industria, como producto informativo rentable en virtud de sus connotaciones morbosas y sensacionalistas, como denuncia de una sociedad lastimada por la muerte y el delito, como apología de la violencia, o bien como constructo cultural que expresa, en varios géneros, las especiales expectativas de un mundo de la vida.

En esta larga marcha de la industria, grupos de bandas organizadas han fortalecido sus intereses y ampliado sus áreas de penetración. A pesar de las pretendidas campañas en su contra, las facciones y los líderes se constituyeron en expresión de su hábitat sociocultural, en afiches de su propio campo social transgresivo y clandestino, configurando incluso, en muchos casos, la imagen del "antihéroe". Al paso de los años la narcoempresa multinacional ha generado y segregado un modo simbólico de percepción y una ideología que ha contribuido para plasmar los artificios morales y éticos de su autolegitimación.

Los mecanismos impuestos o aprendidos por las necesidades de la sobrevivencia y la reproducción como grupos de poder, enfrentados entre sí y contra la legalidad del sistema, les exigió construir un soterrado e insólito esquema de valores y pautas de comportamiento **ad hoc**. Puede verse como una representación ideológica de la desviación. En otros términos, se vieron obligados por la dinámica clandestina y trastocadora de leyes de sus actividades --y en el entorno de sus creencias, justificaciones, mitos, hábitos y costumbres--, a delinear sobre la marcha un transgresivo sistema ideológico particular, **sui géneris**, que tiene su propia formulación y escala de valores, normas y reglas no escritas para hacer perdurable lo que suele identificarse --entre el suspenso, el misterio y la mitificación-- como “la historia secreta del narco”.

En los espacios regionales y locales, la persistencia y la fuerza de la actividad han prohiado que, entre su parafernalia, los múltiples grupos se hayan convertido en sujetos que han afectado en estricto sentido el orden social, amén del efecto simultáneo en la cultura a través de la subversión simbólica. En las subversiones del mundo imaginario, la industria de la cultura y los medios de comunicación han aprovechado económicamente el auge de las manifestaciones y de los productos ligados a la llamada “narcocultura”.

La poderosa maquinaria empresarial de los narcóticos ha sido una suerte de matriz cultural que ha expandido e impreso su legado sobre múltiples formas significativas de su entorno, en los senderos de las concreciones infraestructurales, en el movimiento de los recursos económicos, en la exacerbación de la violencia y en las esferas de las subjetividades de la sociedad. Sin menoscabo de la fantasía popular y de la exageración en que suelen caer los medios de información que le han atribuido, y le atribuyen aún, poderes ya sea inmanentes o bien de caricatura, es indudable que su alcance e impacto ha sido real, diversificado y en distintos grados.

De acuerdo a la mecánica de las relaciones internas de los miembros de los grupos y a los rituales y los cánones factuales-laborales del negocio, quienes acceden a sus estructuras difícilmente pueden abandonarlo. Arendt lo ilustra de esta manera: En todas los organismos empresariales que trabajan al margen de la ley, los grupos directivos requieren para su propia seguridad "que cada individuo lleve a cabo un acto irrevocable", para que se rompan de una vez por todas sus vínculos con la sociedad respetable, antes de que finalmente sea admitido en "la comunidad de la violencia", la cual posee sus propios códigos y sus propias normas.

Manuel Lazcano Ochoa, ex procurador de justicia sinaloense, en una de las últimas entrevistas que nos concedió poco antes de su muerte, ocurrida el 28 de mayo del 2000, se refería de una forma fatal al problema sinaloense y advertía que la "mafia" tiene constancia, organización y disciplina. Decía, textualmente: "Los jefes están permanentemente dirigiendo el negocio, apoyados por especialistas o intelectuales de la política y sobre todo de las finanzas. Están muy bien organizados, jerárquicamente, y perfeccionando a sus equipos y estrategias. En cambio, quienes combaten a los grupos delictivos carecen de permanencia, son pasajeros y no pueden eludir los "cantos de las sirenas" de la corrupción".

Dada la capacidad movilizadora, o en virtud del poder económico, el narcotráfico ha empujado transformaciones individuales y colectivas. Desde el alcance de sus tentáculos ha afectado, con variada extensión, densidad y hondura, dimensiones diferentes de la sociedad. Pero sin duda, el toque de las drogas ha invadido inevitablemente las esferas económica, social, política y cultural. Rubros como el turismo, la banca, la construcción, la pesca, el comercio, la agricultura, la ganadería, la industria, la agroindustria, y hasta las bellas artes, el deporte, la educación y la academia --en algunos casos, por supuesto, para su estudio--, amén de dependencias e instancias de gobierno y del Estado, han sido alcanzados, impulsados o rozados en mayor o menor medida, por los seductores mecanismos ideológicos y financieros del negocio de los enervantes.

En este sentido, los efectos han trascendido por supuesto a los ámbitos ideológicos. Durante la convivencia centenaria con este mundo de transgresión sociocultural, miles de individuos han oteado otros avatares, ilusiones y destinos. Entre la creencia y el mito de esos otros rumbos y retos, atractivos aunque riesgosos, para enfrentar tal vez con éxito la existencia, por lo menos muestran idealmente nuevos horizontes de expectativas y de vida para quienes se arriesgan en las beligerantes redes de las drogas.

La posibilidad de tomar un camino aparentemente fácil para por lo menos salir de la pobreza o vivir más holgadamente; y con un poco más de "sacrificios" y "valentía" acaso amasar fortunas y detentar poder, son algunas de las ilusiones presentes y constantes en el imaginario colectivo. Este camino al éxito ha llegado a constituirse como una de las más densas y sólidas mitologías en torno a las bondades de la industria. Y sin duda, los beneficios directos, por lo menos en el plano inmediato, para miles de individuos y familias que han estado en el entorno del negocio son absolutamente reales y constituyen de facto una ruptura con su condición social de pobreza y carencias materiales.

Sinaloa fue una región pionera en el uso de uno de los estupefacientes de mayor cotización internacional en la actualidad. Desde los tiempos de los fumaderos de opio de los chinos inmigrantes, y el uso medicinal y ornamental de la amapola con sus flores de pétalos intensamente rojos, la entidad nortea ha sido identificada siempre, en las artes de esta sustantiva actividad productiva, comercial e industrial, como el estado nodriza de la República Mexicana. Más tarde habría de convertirse además en lugar de tránsito de las drogas provenientes del sur del Continente para su exportación hacia los Estados Unidos.

Uno de los aspectos más impresionantes del fenómeno es la forma en que se le mira y se le percibe en los circuitos de las elaboraciones simbólicas de la cultura, en la vida pública, en los campos de acción y expresión de los medios de comunicación y en los senderos particulares, rurales y urbanos, de la vida cotidiana de la población. Podemos adelantar, en primera instancia, que se trata de una recepción sin sobresaltos, en el que la transgresión simbólica por ejemplo ha llegado a formar parte, en ciertos sectores sociales, de los escenarios cotidianos de la existencia o la sobrevivencia.

Estamos refiriéndonos a varias generaciones de sinaloenses que han vivido en convivencia con la siembra, con la persecución y el complejo de persecución en torno a la desviación social. Y probablemente sea, así en términos esquemáticos, con la mitad de su mundo en la cultura del clandestinaje. Y con momentos o espacios y circunstancias de extrema intensificación transgresiva durante los tiempos de la militarización, en aquélla tristemente célebre "Operación Cóndor": tiempos de muerte, de efervescencia del ultraje cívico, de violencia, de temor y de pillaje. Pero en esta historia, los rencores sociales se han acumulado durante décadas. Y como uno de sus resultados, la construcción sociocultural del narco está en la médula de la cultura sinaloense: como historia y como presente.

Podemos puntualizar entonces que el diversificado espectro de las formas simbólicas y de la ideología regionales, relacionadas con el mitológico mundo de los narcóticos, a través de estructuras, productos, mecanismos, canales y medios de la cultura y la comunicación, son el objeto esencial de nuestra concepción sobre el fenómeno. Se trata de una esfera que es construcción, expresión y reflejo de una dimensión sociohistórica de la realidad, cuantificable no sólo en función de un diagnóstico aproximativo a la economía política de la producción, distribución y consumo, sino sobre todo --y esto es lo que especialmente nos interesa--, cualificable en el plano de las construcciones simbólicas de la sociedad.

Luego de sintetizar que la cultura no es más (aunque nada menos, añadimos nosotros), que el aspecto simbólico-expresivo de todas las prácticas sociales, Gilberto Giménez retoma a Eunice R. Durham, quien dice que la cultura está "verbalizada en el discurso, cristalizada en el mito, en el rito y en el dogma; incorporada a los artefactos, a los gestos y a la postura corporal". En este sentido, la de las drogas es una problemática cultural que se observa en diversas esferas de la vida social. Y se trata de un fenómeno específico, estructurado, sociohistórico, con una riqueza de trascendentes significaciones para una entidad de más de dos millones y medio de habitantes, pero que ha llegado mucho más allá de sus imaginarias fronteras.

Sobre esta variedad de rutas sígnicas, construcciones textuales y fuentes socioculturales de interiorización, contextualización, análisis e interpretación, el narcotráfico contiene ciertamente una compleja y estructurada red de significantes. La dimensión de cada una de esas concreciones forman parte de un entramado o un laberinto con intrincados pero evidentes vasos comunicantes. Se trata, diría Geertz, de "una telaraña de significados" socialmente estructurados. Cada formulación

simbólica ha jugado un papel relevante en el proceso de conformación del fenómeno cultural que se ha cimentado y se sedimenta en gruesos sectores de la sociedad.

Entre los aspectos del ámbito de la ideología y de la cultura que tienen que ver con la producción, el tráfico y el consumo de alucinógenos, destaca por supuesto la música. Los compositores e intérpretes encontraron en el género del "corrido" un formato de suyo adecuado para explotar la "épica" y también la "lírica" popular en torno al subterráneo mundo de la delincuencia organizada, que también por esas vías de la creación artística, o cultural sin más, ha saltado a la palestra, los escenarios y los cuadrantes de la vida pública. Desde la proyección, la transferencia y la identificación psicológica y los afanes de pertenencia social, la heroicidad y las hazañas reales y ficticias de los personeros del narco, y como formatos para el elogio de la violencia, han sido los contenidos de este género musical explotado de manera intensiva por la industria discográfica y por las pequeñas empresas musicales de la región.

Aunque se estima que los primeros autores de corridos de traficantes no fueron oriundos de Sinaloa, sin embargo la problemática del estado fue como una caja de Pandora para que el género encontrara adeptos entre la población. Y más: las tradicionales bandas y tamboras adoptaron las letras, las notas y los acordes epopéyicos como parte de su repertorio. En la clásica estructura narrativa del corrido, la temática del conflicto encontró rápidamente acomodo formal para recrear la épica, y también el drama y la tragedia, de un sector social urgido de voces, ecos y espejos de legitimación.

Desde la honda raigambre popular, la creación musical tiende a mistificar, por si fuera poco esto, las pretendidas características de valentía y hombría de los individuos dedicados al campo laboral de las drogas. Son "valores" que remiten, por las urgencias de reivindicación social y cultural, a una escenografía de machos

íntegros, ligados a tradiciones presumiblemente muy apreciadas por la comunidad, de gran sacrificio y riesgo, pletóricas de heroicidad y lealtad; y al mismo tiempo la historia oral da cuenta de unos hombres ejemplares que, ya en pleno regocijo de la desviación, se enfrentan viril y mortalmente a los desafíos de la ley.

En este orden de ideas, Astorga ha advertido que esa clase de corridos es sólo una parte de "un universo simbólico que crea y recrea las visiones éticas y estéticas de ciertos grupos sociales...". En este sentido, al referirse a la utilidad o la trascendencia metodológica del género, el investigador expresa con inevitable sarcasmo que "ante la imposibilidad evidente de hacer encuestas sociológicas representativas entre los traficantes, los corridos son una vía indirecta para explorar su código ético y su mitología".

Además de la venera musical, múltiples son los ámbitos de manifestación cultural del narcotráfico. En la obra cultural como un todo, se destaca que las necesidades son sustantivas en el florecimiento de la industria de los enervantes. Las paradojas y las metáforas plantean o dibujan rutas y senderos hacia el cielo. Pero la pobreza y la ignorancia, y sobre todo la sospecha-creencia de un futuro de beneficios, han coadyuvado para que los campesinos, en buena medida, hayan perdido el temor y se hayan inmiscuido en las rutas de "lo prohibido y del infierno", según se infiere de un importante trabajo de la investigadora europea Helena Simonett sobre la historia de la música regional.

En la literatura regional, los narradores de algún modo han vuelto común la temática desde el ángulo de la ficción. Novelistas, cuentistas y cronistas de varias generaciones han tomado la cuestión del narco y la violencia como partes sustantivas de su labor creativa, aunque la mayor parte de las obras narrativas, salvo las clásicas excepciones, según los críticos literarios, se caracterizan por su ausencia de rigor y credibilidad formal. Y en varios casos el tema de la violencia es utilizado

sencillamente como “gancho” comercial para llamar la atención. En cuanto a los poetas, dice la maledicencia pública con sus exageraciones, ellos no escriben sobre las drogas, sino que más bien las consumen y se la fuman.

En otra disciplina artística, como las artes plásticas, el tratamiento de la temática en varios pintores es evidente, explícito. Más que una moda, pareciera tratarse de una obra que se sustenta en un imaginario colectivo y en un ambiente específico, y sórdido en este caso; y la sensibilidad artística, diría Georg Lukács, logra captar y aprehender las diversas dimensiones de la realidad a través de las potencialidades y las peculiaridades de la pintura. Destacan en este rubro creadores jóvenes de inobjetable factura artística, cuya obra se despliega en los escenarios y ambientes adscritos a los ángulos de la violencia, la delincuencia y la muerte, y paradójicamente para beneplácito y espasmo de la mirada. Pero hay otros que, aunque no se "especializan" en la temática, también han pintado estas vicisitudes expresionistas de la transgresión cultural, lo cual ha llamado la atención de artistas y críticos de arte como José Luis Cuevas, Alberto Castro Leñero, Leopoldo Flores, Leonel Maciel, Luis Carlos Emerich, Jorge Alberto Manrique o Raquel Tibol. Destaca en el arte plástico aludido una fundada necesidad telúrica, con el sentido vital de mostrar la sordidez de los caminos prohibidos. Y es que el arte necesariamente se vincula, de forma directa o por rutas inasibles, entre los senderos y honduras del hábitat y del mundo de la vida en los que los artistas han abrevado o han estado sumergidos.

Por otro lado, la iconografía popular ofrece también retablos vinculados a los ámbitos del narcotráfico. En los barrios populares de las ciudades destaca la mezcolanza de violencia y evocaciones religiosas, a través de murales y grafitis realizados por jóvenes de bandas y pandillas. La Virgen María, Cristo o Jesús Malverde —el extraordinario y significativo “Ángel de los pobres” o “Santo de los narcos”—, aparecen con frecuencia rodeados pictóricamente de capullos de amapola

y hojas de marihuana, y hasta con detalles tipo AK 47, como realización y recuperación sincrética que expresa, quizá, la evocación de un camino posible de redención y transgresión libre de antemano de pecado. En todo caso, se trata de elaboraciones simbólicas surgidas del prolijo seno de la cultura popular.

El vestido, los adornos, pueden ser vistos además como elementos de relación de categoría social, en función de que dan cuenta de una pretendida condición social, de la pertenencia a un campo y un grupo, o por lo menos de la aspiración ideológica a la pertenencia. En palabras de Bordieu, en la vestimenta como "lucha simbólica" podría buscarse "dar la impresión", "hacerse valer" o desempeñar un papel para "hacer creer y para engañar, para inspirar confianza o respeto. O para el personaje social, ofrecer su "presentación", su representación..."..

Nos permitimos puntualizar que la desviación, basados en los teóricos franceses Maurice Cusson, Pierre Bordieu y Albert Ogien, es una construcción social, que por supuesto no es intrínseca o connatural a la naturaleza humana. De suerte que la etiqueta social, de aprobación o rechazo, puede ser producto de un juicio público intermitente o bien contundente, y basada en una conducta, lo que implica una necesaria interacción entre el autor de la acción transgresiva y los grupos sociales que se erigen en jueces.

Por otro lado, las redes delictivas, sostiene Foucault, pueden ser vistas como “delincuencia útil” para el sistema hegemónico: “La delincuencia es un instrumento para administrar y explotar los ilegalismos”. Y es también “un instrumento” para el propio ilegalismo, que forma en torno suyo el ejercicio mismo del poder: como la utilización política de los delincuentes en forma de soplones, confidentes, provocadores. Pero lo más importante, seguimos con Foucault, es que, en el fondo, la existencia del delito manifiesta, por fortuna dice, una suerte de “incomprensibilidad de la naturaleza humana”. Hay que ver en el delito, precisa el

autor francés, “más que una flaqueza o una enfermedad, una energía que se yergue, una “protesta resonante” del hombre, que sin duda le da a los ojos de todos “su extraño poder de fascinación”.

Estamos pues, frente a un agudo, denso y complicado problema sociocultural. Por ello es pertinente advertir, con Thompson que, siguiendo a Geertz, argumenta que en el estudio de los fenómenos culturales, lo que se requiere, más bien, "no es tanto la actitud de un analista que busque clasificar y cuantificar, sino más bien la sensibilidad de un intérprete que busque descifrar patrones de significado, discriminar entre distintos matices de sentido, y volver inteligible una forma de vida que ya es de por sí significativa para los que la viven", como en esta historia de conflicto, mito y realidad que se ha configurado en Sinaloa.